

vio llegar las migraciones europeas (franceses, italianos, ingleses y por supuesto españoles), norteamericanas y caribeñas (cubanos sobre todo).⁶ Los viajeros e inmigrantes transitaban de una manera natural y con ellos sus costumbres que poco a poco se fueron mezclando con las ya existentes.

El CD invita a consultar esas listas de pasajeros que se anuncian, ya para establecer, mediante la procedencia y los nombres, quiénes eran, de dónde provenían, a dónde arribaron y si permanecían en esos puertos o si estuvieron de paso. Se antoja una historia cultural a partir de esta información que estará por hacerse. De aquí que este trabajo tenga un doble valor (como se anota en la presentación) cuantitativo y cualitativo, pues, ciertamente se podrá establecer en números los personajes que se movieron en las rutas, naves y puertos de la región, pero también se logrará introducir la pregunta sobre qué llevaban consigo, más allá de cosas materiales.

Para concluir, nos parece importante subrayar que son acertados y necesarios este tipo de trabajos que invitan a la consulta de fuentes novedosas para quienes están interesados en los estudios del comercio marítimo y los puertos. Este trabajo constituye un estímulo para continuar con empresas de esta naturaleza y un viento fresco para estudiosos que desean navegar por nuevos acervos.

José Ronzón
UAM-AZCAPOTZALCO

⁶ Véase María del Socorro Herrera Barreda, *Inmigrantes hispanocubano en México durante el porfiriato*, UAM-Iztapalapa/Porrúa Hermanos, México, 2003.

Javier Garcíadiego (estudio introductorio, sel. y notas), *La revolución mexicana. Crónicas, documentos, planes y testimonios*, UNAM, México, 2003, 408 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 138).

NUEVA APORTACIÓN SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Este libro es una antología de crónicas, documentos, planes y testimonios sobre la revolución mexicana, que van desde las crisis del porfiriato a inicios del siglo XX, hasta 1920 donde se dio la caída de Venustiano Carranza y el inicio indiscutible de la posrevolución. Lo más valioso de la antología es, sin duda, el ensayo introductorio realizado por Javier Garcíadiego, que define al proceso revolucionario como un proceso, valga la redundancia, sociohistórico con causas, desarrollo y consecuencias, que fue un hecho que duró diez años y que se manifestó en el campo bélico, pero también en el ámbito del cambio político, y cuyas repercusiones se dieron durante todo el siglo XX.

La revolución permitió el ascenso y la movilidad de los sectores medios y populares marginados dentro del sistema político y el esquema sociohistórico del porfiriato. La revolución dio por resultado la sustitución de las elites porfirianas y la reconstrucción de un nuevo Estado, encabezado por las clases medias en ascenso y apoyado por los sectores populares. Este nuevo Estado resultó ser nacionalista, autoritario, legitimado y estable, con un apoyo popular sin precedentes y dirigido por un grupo político y militar capaz, flexible y hábil. Esta circunstancia de construcción de un nuevo régimen se fue manifestando paulatinamente en el curso de la revolución, entre 1910 y 1920, dando

paso a la estabilidad constructiva de la política y la estructura histórica que permaneció más allá del decenio de los veinte, marcando la historia del siglo XX mexicano.

El escenario revolucionario, desde inicios del siglo XX, representó una ruptura y un cambio político sin precedentes, que se manifestó, prácticamente, en todo el país. La revolución se manifestó a partir de la discontinuidad, el regionalismo y la participación pluriclasista, sobre todo a partir de la manifestación del maderismo, que encabezó la revuelta que finalmente derribó del poder a Porfirio Díaz y dio la pauta para el ascenso al poder de Francisco I. Madero. El resultado de este gran cambio, además, ocasionó la confluencia de importantes conflictos políticos en todo el país, lo que hizo que la presidencia de Madero fuera inestable. Las rebeliones de los ex porfiristas, el zapatismo y el orozquismo fueron oposiciones influyentes en la emergencia nacional contra el maderismo.

El maderismo, dice el autor, “fracasó porque destruyó el régimen porfiriano, pero fue incapaz de crear un gobierno alternativo que pudiera alcanzar la estabilidad mediante un proyecto adecuado para el país: su propuesta política —la democracia— parecía prematura, y su proyecto socioeconómico —liberal— resultó anacrónico, insuficiente e insatisfactorio” (p. LI). El proceso sociohistórico, sin embargo, no se vio detenido. Por el contrario, el cambio político se expresó mediante las armas y la confluencia de distintas corrientes revolucionarias con el objetivo común de derribar del poder a Victoriano Huerta, apoyado en la alianza de felicitistas, reyistas, científicos, evolucionistas, católicos e incluso de orozquistas, a los que se agregó el apoyo del ejército, los hacen-

dados, los empresarios y el gobierno estadounidense.

La lucha contra el huertismo se dio, a partir de marzo de 1913, en cuatro importantes escenarios de lucha: Coahuila, teniendo al frente a Venustiano Carranza; Sonora, con varios miembros destacados de la clase media sonorensis; Chihuahua, con Francisco Villa, y el sur con Morelos como centro de operaciones del zapatismo que, a pesar de no reconocer el liderazgo de Carranza, daría otros tintes a la lucha antihuertista. De esta manera, la característica multirregional y multiclasista de la revolución comenzó a ser una condición importante en el cambio político, en el orden militar y en el proceso de construcción de un nuevo régimen.

Según Garciadiego, “las diferencias sociogeográficas se tradujeron en profundas divergencias políticas, ideológicas y militares, expresadas a todo lo largo del proceso” (p. IVII). Hacia marzo de 1914, la confluencia de la lucha antihuertista fue enarbolada por el constitucionalismo. Obregón en el occidente, Villa en el centro, González en el este, sin contar a los ejércitos rebeldes del sureste, el centro y el sur, representaron una estrategia militar efectiva para tomar la capital de la nación y derribar al huertismo del poder. En abril de ese año, las condiciones estaban dadas para ese derribo, a las que hay que añadir la invasión estadounidense que impidió la recepción de armamento, proveniente de Alemania, para los ejércitos huertistas, además de la fortaleza que le imprimieron otros levantamientos en varios estados y regiones a los constitucionalistas. El triunfo fue inminente, lo que condujo a un marco de alianzas políticas y compromisos sociales, donde se encuentra el origen del Estado mexicano de la

posrevolución, como lo asienta García-diego.

El movimiento constitucionalista pasó de ser un movimiento de base regional a un movimiento "seminacional". Los retos del constitucionalismo eran: conformar un aparato burocrático y político, reciclar a las clases medias para las labores administrativas, emprender de inmediato las reformas sociales a las que se había comprometido, satisfacer los reclamos socioeconómicos de las clases populares, y hacer confluir como bases de apoyo a los sectores populares y a las clases medias. La dificultad principal fue: "convertirse en un gobierno auténticamente nacional, lo que exigía extender su dominio al sur y sureste del país" (p. LXVII).

Los conflictos en Sonora entre los maytorenistas y los encabezados por Benjamín Hill y Plutarco Elías Calles, el zapatismo que deseaba entrar en la ciudad de México y los compromisos de los carrancistas con los villistas para la Convención, representaron un estado de conflicto para los constitucionalistas vencedores de la lucha antihuertista. El villismo y el zapatismo tuvieron que ser tomados en cuenta desde la Convención de Aguascalientes, en la que la representatividad social entró en choque. El rompimiento ocasionó nuevos enfrentamientos, siendo victorioso el constitucionalismo a la larga, ya a mediados de 1915. Los villistas fueron derribados en las batallas de Celaya, León, Aguascalientes, El Ébano, Nuevo León y Coahuila, mientras que los zapatistas fueron derrotados en sus incursiones en la ciudad de México y en sus pretensiones de colocar sus propuestas, con clara tendencia agrarista, en la palestra de las reformas sociales de la Convención. El enfrentamiento entre constitucionalistas y conven-

cionistas había impedido que las funciones gubernamentales se organizaran adecuadamente, situación que no cambiaría sino hasta 1917.

La facción vencedora, la constitucionalista, sin embargo, intentó institucionalizar las reformas sociales y políticas con la finalidad de establecer un nuevo orden y conformar las acciones del nuevo Estado. Reformistas y moderados, dentro de la facción vencedora, discutieron acerca de las medidas institucionales y el combate al zapatismo y al villismo, que se habían convertido en amenazas serias para la estabilidad requerida por los grandes vencedores. Sobrevino entonces la necesidad de establecer un nuevo régimen basado en una nueva Constitución, cuyos preparativos comenzaron hacia el último trimestre de 1916. La Constitución fue

la propuesta de reorganización nacional con mayor amplitud ideológica, legitimidad política y representatividad sociogeográfica. Además de ser la bandera de la facción vencedora, era la única que garantizaba la estabilidad social y la creación de un nuevo Estado; sobre todo, era la única capaz de consolidar y reglamentar el radical proceso de transformación que había experimentado el país, al pasar del México porfiriano al revolucionario (p. LXXXIII).

Para García-diego, la puesta en vigor de la nueva Constitución y el ascenso al poder presidencial de Venustiano Carranza, en mayo de 1917, dieron paso al surgimiento del México posrevolucionario. Los problemas políticos, militares, económicos, internacionales y sociales, sin embargo, no pararon dentro del panorama, prolongándose por tres años más, lo cual fue en detrimento de la estabilidad del go-

bierno carrancista, lo que indicó que el proceso revolucionario aún no había concluido del todo. Según Garcíadiego:

Eran enormes las dificultades para construir un régimen democrático en un país que carecía de la cultura política y de las instituciones adecuadas y cuya historia reciente había oscilado entre el autoritarismo y el desorden (p. LXXXIV).

Los procesos electorales, la emergencia y acción de caudillos y caciques, el regionalismo, el villismo, el zapatismo, el bandolerismo, las campañas militares ligadas a conflictos políticos, la crisis económica, el exilio de empresarios, hacendados, intelectuales y profesionistas, el impacto de la primera guerra mundial representaron las piedras sobre el camino para el logro de la estabilidad política del carrancismo, a lo que se sumó la campaña presidencial por la presidencia, que desde 1919 enfrentó a los personajes de la política nacional, como Obregón, Elías Calles, de la Huerta, Hill, González, entre otros, con el presidente Carranza, quien había apoyado a un desconocido para sucederlo, Ignacio Bonillas. El ejército se confrontó con el presidente, dando paso a un conflicto de lamentables consecuencias, que mató al presidente en Tlaxcalantongo.

Dice Garcíadiego que:

Por lo tanto, debe afirmarse que el Estado postrevolucionario mexicano nació en 1920, pues sólo entonces lo conformaron, con distintos grados de beneficio e influencia, los grupos fundamentales en el proceso revolucionario. A partir de 1920 asumió el poder una clase media, social, política e ideológicamente distinta del grupo carrancista, sin vínculos ni posturas procedentes del antiguo régimen (p. LXXXIX, XC).

El proceso sociohistórico revolucionario dio por consecuencia un Estado postrevolucionario que marcó, en definitiva, al siglo XX mexicano. Un Estado todavía vigente que ha traspasado al siglo XXI, lo que refleja la importancia de los cimientos contruidos en los primeros decenios de la centuria pasada.

El ensayo introductorio es rico en interpretación y análisis histórico, que se complementa con la selección de crónicas, testimonios autobiográficos, documentos y planes, que refuerzan los argumentos fundamentales marcados en la introducción. El ensayo no se encuentra apartado de la selección documental, lo que enriquece la interpretación y resalta la importancia de las fuentes seleccionadas. Se refuerza la información con interesantes mapas, elaborados para entender la diversidad geográfica del proceso revolucionario, desde el maderismo, la lucha constitucionalista, el convencionismo, los ejércitos rebeldes hasta 1917.

La selección es del todo interesante, con crónicas y análisis, pero también documentos ya publicados y documentos de indudable importancia, de Félix F. Palavicini, Justo Sierra, Rodolfo Reyes, Toribio Esquivel Obregón, Gildardo Magaña, Leopoldo Rodríguez Calderón, Trinidad Sánchez Santos, Antonio Díaz Soto y Gama, Práxedes G. Guerrero, Ethel Duffy Turner, Fernando Iglesias Calderón, Francisco Naranjo, Miguel Sánchez Lamego, Rosendo Salazar, Álvaro Obregón, John Reed, Francisco J. Múgica, Juan Barragán, Martín Luis Guzmán, Porfirio del Castillo, Justino N. Palomares, Luis Aguirre Benavides, Amado Aguirre, Isidro Fabela, Luis Cabrera, Francisco Ramírez Plancarte, Manuel Fabila, Rosendo Salazar, Luis Liceaga, Al-

berto Salinas Carranza; Programa del Partido Liberal, cartas de Francisco I. Madero a Heriberto Frías, Plan de San Luis Potosí, Tratados de Ciudad Juárez, manifiesto de Madero sobre la candidatura de José María Pino Suárez como vicepresidente del país, programa y dictamen presentado por la Comisión Nacional Agraria para el estudio y resolución del problema agrario, Plan de la Soledad, Plan Felicista, Plan de Ayala, Plan de la Empacadora, Pacto de la Ciudadela, Decreto de la Legislatura del Estado de Coahuila por el que se desconoce a Victoriano Huerta, reformas al Plan de Ayala, Plan de Guadalupe, discurso del primer jefe del ejército constitucionalista en Hermosillo, Pacto de Torreón, Tratados de Teoloyucan, Pacto de Xochimilco, decreto sobre terrenos petrolíferos, manifiesto a la república lanzado por el C. Álvaro Obregón, Plan de Agua Prieta y Pacto de Sabinas; *Regeneración*, entrevista de James Creelman a Porfirio Díaz, textos de Roque Estrada, discurso del diputado Gerzayn Ugarte.

El cuerpo de crónicas, documentos, planes y testimonios es accesible y refuerza las consideraciones del autor en el ensayo introductorio, como se dijo antes, pero la selección, sin duda, es novedosa y original, lo que sirve para la investigación y la consulta, para historiadores y público en general, en especial para los estudiantes. La antología cumple sus objetivos y es una nueva aportación al conocimiento del proceso histórico de la revolución mexicana, que sigue vigente y actual para el conocimiento y análisis de la historia contemporánea de México.

Pablo Serrano Álvarez
INEHRM

Silvia González Marín (coord.) *et al.*, *Diálogos sobre el 68*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas/Dirección General de Asuntos del Personal Académico-UNAM, México, 2003, 170 pp.

El Movimiento Estudiantil de 1968 ha sido estudiado desde diversos ángulos durante las últimas tres décadas. Cuenta con una historiografía política, social y cultural que tiende a incrementarse en los últimos años, en los que se ha acentuado su relevancia en torno al peso simbólico asignado a su incidencia en el proceso de democratización de la sociedad y del Estado. Existe un consenso entre los especialistas en destacar como parte nodular del movimiento la reivindicación de las libertades civiles y la defensa del Estado de derecho. En este sentido, cabe señalar su carácter antiautoritario ante los límites y la rigidez del sistema político mexicano, en un contexto en el que se produjeron rebeliones estudiantiles en distintos lugares del planeta, desde las ciudades de San Francisco y Nueva York en Estados Unidos, hasta las capitales más importantes de Europa, como París, Roma, Londres, Berlín y Praga, y otros centros urbanos disímboles entre sí, como Tokio, Toronto y Río de Janeiro. Todo ello proporciona una perspectiva global que debe tomarse en cuenta en el momento de abordar la especificidad del proceso estudiantil mexicano.

En 1968 aparecieron los indicios de un agotamiento de la época dorada de la Universidad, que mostrarían su faceta más cruda en las décadas posteriores. Problemas tales como la explosión demográfica, la expansión de la matrícula universitaria, la masificación de las clases, el descenso de los salarios y el nivel acadé-